

## **NIEVES BLANCO GARCÍA, ÀNGELS BOSQUE RIPOLL, INMACULADA GÓMEZ LATORRE**

### **Pensar la experiencia, hacer cultura: la "Escuela de lo que está pasando"**

**Pensar la experiencia, hacer cultura: La "Escuela de lo que está pasando", por Nieves Blanco García.**

En noviembre de 2000 nació Sofías, relaciones de autoridad en la educación, una invención política que ha cambiado la vida de algunas mujeres, entre las que me cuento. Nos reunimos una vez al año, en un encuentro esperado y gozoso en el que mujeres que vivimos y trabajamos en distintos puntos del país y en diferentes ámbitos del sistema educativo, unidas de dos en dos por relaciones de autoridad, hacemos educación en femenino y buscamos contribuir a que la educación y el mundo se orienten por el amor y no por la fuerza.<sup>1</sup>

En el deseo de dar continuidad a la riqueza que deriva de esas relaciones y esos tiempos compartidos, y en la necesidad de centrar la atención en nuestras prácticas se encuentra el origen de la "Escuela de lo que está pasando". La primera la inauguramos en julio de 2003, en la fundación Entredós, sede que hemos mantenido estable en las sucesivas ediciones. El nombre es un regalo de Anna Maria Piussi y hace referencia al sentido que ella vio en nuestros deseos y nuestras necesidades: hablar, nombrar, pensar sobre lo que nos está pasando a cada una de las mujeres que acudimos y también de lo que está sucediendo en el mundo, a partir del corte de la diferencia sexual.

La Escuela, por tanto, nació como un tiempo, un espacio y una oportunidad para la relación y el aprendizaje, para hablar de nuestras prácticas y para intercambiar reflexiones y crear pensamiento sobre lo que nos pasa, lo que está sucediendo en el mundo y sobre lo que está (y estamos) cambiando con el corte de la diferencia sexual. El nombre quiere también enfatizar y señalar que el pensamiento y la práctica de la diferencia sexual no desea ni puede fijarse en teorías o conceptos, sino que su sentido está en acompañar a la realidad que cambia tratando de encontrar las preguntas y las palabras adecuadas en cada momento histórico. La Escuela quiere ser un intercambio libre, abierto a lo que sucede, al diálogo vivo entre las mujeres que asistimos, vinculadas a la educación y a Sofías.

La primera Escuela (julio de 2003) significó para mí la posibilidad de compartir con otras mujeres, con las que tengo confianza, las reflexiones en torno a mis clases en la universidad, en un momento de gran confusión y con una gran necesidad de medida para ayudarme a pensar en las dificultades que sentía y que me producían perplejidad y dolor. Ayuda y medida para deshacer nudos, para encontrar referentes de escucha, de quienes te dicen la verdad y te acompañan en el proceso de cambio. Tuvimos oportunidad también de pensar sobre la experiencia de relación con la autoridad y sobre la dificultad de asumir la autoridad, de reconocerla, de dar y recibir medida. Y sobre la centralidad de la relación tanto en la enseñanza, como en la investigación, en la traducción o en la lectura...

La II Escuela, que tuvo lugar el 3 de julio de 2004, se desarrolló a partir de mi deseo de compartir con otras lo que ha sucedido, lo que está sucediendo en nuestras prácticas educativas a raíz del corte de la diferencia sexual, el que cada una ha hecho en su propia práctica. Milagros Montoya y Graciela Hernández acogieron este deseo y plantearon algunas preguntas para favorecer la reflexión de quienes acudimos al encuentro. A partir de ellas, algunas mujeres llevaron textos que nos sirvieron para pensar y para reconocer los cambios que se están produciendo en nuestras prácticas; y para no dejarnos engañar por lo que pudieran parecer cambios de sentido y sólo lo son de forma.

La III Escuela (marzo de 2006) buscó centrarse en lo que, para mí y para otras mujeres de Sofías, venía constituyendo una necesidad, primero difusa y cada

vez más definida: el valor de la experiencia, de reconocer el saber que hay en ella, y el valor de la narración como forma de hacer el tránsito de la experiencia vivida a la experiencia de saber. El deseo que movió esta III Escuela se materializó en proponer centrar la atención en algunas prácticas que nos pudieran ayudar a analizar lo que les da sentido, lo que hacen que sean prácticas nacidas del sentido libre de ser mujer, que tengan en cuenta a la madre y su orden amoroso. Con el propósito, por una parte, de aprender de las “recetas” de enseñanza, de investigación o de formación de otras mujeres. Y por otra, para teorizar, es decir, para buscar las palabras apropiadas para nombrar la práctica. Y hacerlo narrando la experiencia para –en relación y en diálogo- convertirla en saber que hace cultura, en tanto podamos aprender de esas prácticas y transmitir las a otras y a otros. Para articular ese deseo, Ana Mañeru aceptó pensar sobre su experiencia en la dirección de investigaciones en el Instituto de la Mujer, y Anna Gómez lo hizo sobre el trabajo que desarrollaba en una de las asignaturas que enseña. Su esfuerzo y su generosidad nos permitió aprender de su experiencia, profundizar en la complejidad, la dificultad y la necesidad de narrarla, en la búsqueda del sentido de nuestras acciones, en los miedos que nos asaltan, en los deseos que nos mueven.

Y en la IV Escuela, la última que celebramos el 24 de marzo de 2007, volvimos a una pregunta recurrente, que quedó en el aire en el VII Encuentro de Sofías. La pregunta y la inquietud por las dificultades que algunas mujeres veían para que la presencia y el hacer de las mujeres se transforme en cultura; y por tanto, el temor ante el peligro de que ese riquísimo caudal de experiencia femenina quede en los márgenes o en el olvido. Así que la propuesta fue narrar prácticas femeninas que hacen cultura en la educación, poniendo la mirada en nuestras prácticas (y las de otras) para nombrarlas, hacerlas reconocibles y aprender de ellas. Pensamos que eso nos posibilitaría pensar y reflexionar sobre qué significa hacer cultura, cómo se hace y qué dificultades u obstáculos existen, dentro y fuera de cada una de nosotras. Eso fue lo que nos permitieron hacer los relatos de Àngels Bosque e Inma Gómez (que aparecen a continuación) y el de Arantxa Hernández (publicado en el número 33 de *DUODA*).

A lo largo de estos años, se me ha ido haciendo evidente el sentido político de esta práctica de relación que sostenemos en Sofías y también en la Escuela de

lo que está pasando. Cada encuentro me hace ver que lo que traemos a él, lo que creamos en ese día de intercambio de palabra y de pensamiento, lo que nos llevamos y acrecentamos cada cual en su lugar de trabajo, es algo grande y valioso.

En las diferentes ediciones de La Escuela, ha ido definiéndose e imponiéndose la convicción de la importancia de partir de la experiencia, tenerla como el referente valioso para el pensamiento, para la creación de la teoría que vale para la vida. Pero también se ha ido materializando la responsabilidad de hacer cultura, de que no se pierda la aportación de cada mujer que, con libertad, crea mundo; la responsabilidad de contribuir a devolver al mundo algo de la riqueza que cada una hemos recibido de otras... No se trata de un deseo de perdurar, de fijarse en una tradición o en normas; se trata más bien de hacer lo que está en nuestra mano para evitar que la experiencia femenina carezca de voz, que quede muda; y eso significa transformar el espacio simbólico, haciendo lugar para el sentido libre de la diferencia de ser mujer. Eso, en educación, es vital porque es una forma de apoyar la libertad de las niñas, de las jóvenes que están en nuestras aulas.

La Escuela de lo que está pasando es un espacio para hacer política de las mujeres, para reflexionar sobre la importancia y la necesidad de que las prácticas femeninas en la educación hagan cultura, transformándonos y modificando nuestra relación con la realidad en la que cada cual vive y trabaja. Un espacio donde aprendemos a reconocer la libertad femenina en la educación para ponerla en el mundo convirtiéndola en cultura, en algo memorable que significa, como dijo Luisa Muraro, “algo que se recuerda porque está inscrito entre las cosas irrenunciables”.<sup>2</sup>

\* \* \*

### **Orientar desde la diferencia de ser mujer, por Àngels Bosque Ripoll.**

El texto que sigue a continuación forma parte de la memoria del proyecto Aportes, programa de inserción laboral con mujeres, llevado a cabo en IMFE Mas Carandell del Ayuntamiento de Reus durante el curso 2006-07. Esta reflexión se incluyó por deseo mío aunque el resto del equipo acogió la

propuesta a pesar de no ser un apartado requerido por la administración que subvencionaba el proyecto, el Departament d'Ocupació de la Generalitat de Catalunya y el Fondo Social Europeo.

El programa Aportes ha hecho posible una experiencia muy enriquecedora para todas nosotras. Pensado como un acompañamiento que contempla la formación en procesos de búsqueda de empleo, ha significado también un proceso de transformación y crecimiento personal al incidir en las relaciones significativas y de autoridad que contribuyen a generar sentido en aquello que hacemos, en relacionarnos en libertad, en fortalecernos, en reconocer nuestra potencia femenina, en autorizarnos teniendo presente nuestro deseo y la escucha atenta hacia nuestro cuerpo. En definitiva, a estar en el mundo con felicidad.

Las mujeres participantes han sido las protagonistas y librándonos a las relaciones de disparidad hemos reconocido la singularidad de cada una, siendo conscientes de la necesaria dependencia que nos une. Ello nos hace reflexionar sobre la necesidad de revisar la idea de autosuficiencia tan arraigada en nuestra cultura y sociedad.

El texto empieza con el diario de Anna Amat, una de las participantes.

"¡Madre mía, que semana!

El jueves me robaron la moto en la puerta del Mas Carandell cuando yo estaba en clase de informática. Maite, una compañera de Aportes, me ayudó y estuvimos patrullando por el barrio Gaudí para ver si la encontrábamos pero no tuvimos suerte. No sé si estaba triste o enfadada. Miré el cielo, la luna estaba llena y muy bonita. De repente me di cuenta de que a pesar de la situación desesperada tenía pensamientos positivos y eso me alegró todavía más. Entonces recordé un día en clase, una cosa que dijo Àngels, la profe: de que si había alguna cosa que no podíamos cambiar no perdiésemos el tiempo siendo víctimas de ello, que moviésemos alguna cosa que sí podíamos cambiar.

Me dije de repente: ¡Basta de llorar, a luchar! No sé... quizás no era esto lo que

quería decir pero yo lo interpreté así. Mi familia se enfadó mucho conmigo. Yo ya esperaba esta reacción: "... que si soy un desastre, que no cambiaré nunca, que todo lo malo me pasa a mí...". Esto último me desagrada mucho que me lo digan ya que parece que llaman al mal tiempo. Yo no me hundí y respondí que daba gracias porque yendo en moto a todas partes, nunca había tenido un accidente y eso si que era suerte. Entonces se quedaron sorprendidos y callaron, ¡por fin!

Y es verdad que pienso que debo dar las gracias, y os doy las gracias a todas vosotras, mujeres aquí presentes. Porque aún recuerdo cuando llegué aquí, a Aportes, en enero. Entonces sí que estaba desesperada. No tenía ilusión para nada. Dejé el trabajo porque no me gustaba la vida que llevaba, no tenía nada, tan solo trabajo y frustraciones. Cuando paré me quedé vacía, desorientada. No sabía qué hacer. Ahora, estar aquí con vosotras es una puerta abierta. Me hace reencontrar la ilusión con la gente y conmigo misma.

Recuerdo las redacciones que escribís en clase de catalán, todas son muy bonitas. Y todas decís que estáis muy contentas de estar en Aportes ¡Yo también! Recuerdo a Maite ¡mira qué charla! Pero a veces dice cosas que me hacen pensar. El otro día me contó que estaba meditando y de repente, se dio cuenta de la temura que había encontrado en estas clases ¡eso es muy bonito! O Natàlia, también muy maja. Alguna de clase le dijo que si no tenía voz. Yo no me había dado cuenta de que no había hablado porque tiene unos ojos que hablan mucho, su cuerpo frágil y sus botas tejanas acabadas en punta ¡todo eso habla! Y Loli, con todos sus trabajos que no sabe con cual quedarse. Y ahora, que ha descubierto el corrector del ordenador, ¡es demasiado!

Todas somos mujeres y me siento bien, me siento acogida. "¡Gracias a todas. Un abrazo."

No puedo evitar conmovirme cada vez que leo el texto de Anna. En su diario, un ejercicio de la clase de catalán que yo os he traducido, Anna agradece a las mujeres estar y aprender de ellas. A mí me estremece porque me recuerda mi agradecimiento hacia ellas por todo lo que yo he aprendido de ellas y con ellas. De lo que nos habla Anna en su texto que con su permiso,

recojo aquí, es de lo que yo quiero hablaros. Me resulta difícil de contar qué hago yo en las clases, cómo las planteo, qué metodología sigo... sin ponerlas a ellas en primer lugar. Ellas son las auténticas protagonistas que un día reconocieron autoridad en mí y en las otras compañeras para tomar fuerza y continuar hacia adelante cuando muchas de ellas sólo veían oscuridad. Y de ello nació un grupo, o mejor una dinámica en la que todas estábamos conectadas, aunque algunas no coincidiesen en espacios. Nos conecta el ser mujeres y aprender de nuestras experiencias y la de otras mujeres que nos muestran, nos reflejan como en un espejo y también nos dan medida para estar en el mundo de una manera libre, más allá de lo dado y de lo que se espera de nosotras por ser mujeres.

Empecé en octubre a trabajar en el programa Aportes, yo había participado en el diseño de la propuesta en la que se ofrecía un acompañamiento a las mujeres que buscaban empleo y un trabajo con las empresas para que las contratasen. Ese nombre, Aportes, quería representar puertas que se abrían (*portes* en catalán significa puertas) pero sobre todo reconocer aquello que las mujeres aportan a la sociedad, a la vida y por tanto, al trabajo (*aportes* se traduciría como aportas). Y después de un largo lapsus en el tiempo en el que no me vi con la fuerza necesaria para acompañar a otras mujeres y sustentar un espacio que para mí era de crecimiento personal, me reincorporé al trabajo y me encontré que una mañana de noviembre empezaban mis clases de orientación laboral y al día siguiente de catalán. Tenía muchas propuestas interesantes y muchas fichas fotocopiadas y ejercicios para trabajar con ellas. Eso me daba la seguridad de que podría "llenar y ocupar" las tres horas de clase. Pero la magia de la vida me hizo recordar una cita que leí la noche anterior en la agenda del Entredós y que se refería a la importancia y necesidad para las mujeres de reconocer su adscripción simbólica.

Conecté con la idea de cómo en mí eso había representado una auténtica revolución y de alguna manera me atreví a llevarlo al aula. Lo llevé bajo el título de Orientación laboral, aunque cualquier materia me hubiese dado juego para abordar qué quieren, qué queremos las mujeres. En este caso no se trataba tanto de conocer qué quiere el mercado de trabajo sino de reconocer qué queremos nosotras del mercado de trabajo. Para plantear el sentido que el

trabajo tenía para nosotras debíamos ponernos en juego, en primera persona, para aprender de nuestra experiencia y también de lo negativo de ella. A partir de todo ello, íbamos elaborando y construyendo un mapa que a su vez provocaba nuevas ideas, pensamientos, encuentros y desencuentros que nos conectaban con otras experiencias comunes vividas. Me sorprendió al empezar ver cómo las mujeres desconfiaban tanto de las mismas mujeres. Ahora puedo afirmar la importancia de trabajar desde el simbólico: somos lo que somos y al trabajo llevamos lo que somos. No somos algo diferente dentro que fuera del trabajo y ser mujer en un ámbito laboral, pensado por los hombres y en los valores del patriarcado, no resulta fácil para las mujeres. Se genera también en el trabajo mucho desorden que toca directamente a las relaciones que se establecen y que dificulta que sean espacios vivibles o, utilizando el lenguaje medioambiental, difícilmente sostenibles.

He visto que reconocer y reconocernos desde una adscripción simbólica que no es la del patriarcado es lo que realmente abre puertas. Abre puertas a reconocer el deseo de cómo queremos estar en el mundo y también en el trabajo. Esto nos coloca en una postura diferente, ya que ahora no se trata de abordar “qué piden para que me escojan de cualquier cosa” (algunas mujeres inicialmente definen así su objetivo laboral) sino que se trata de “qué tengo yo y qué necesito para ser yo la que escojo en lo que me propongo”, mirando hacia dónde está el deseo de cada una. Entonces mi función y la del equipo de orientadoras es acompañar en ese proceso en el que las mujeres van descubriendo su mundo, colocándose en el centro para ver los posibles caminos y la dirección que quieren tomar. También lo es mostrar la apertura a la relación con la otra. Con ello he visto cómo este proceso cuando se da en relación con otras, nos fortalece de manera individual y como grupo.

### **Catalán: para encontrar palabras**

Y lo que se plantea como un espacio para aprender una lengua, se convierte en algo donde la palabra puede circular libremente y es acogida por las otras. El partir de sí cala en nosotras y es tan sencillo como tirar de un hilo. Para ello planteo una propuesta en la que dedicamos un tiempo a la



tertulia literaria, otro para la ortografía y otro a la lectura del diario que escribe cada una cuando decide participar. El diario resulta más que un nexo de cohesión entre el grupo ya que lo que se relata tiene que ver con lo que ocurre en el aula o el grupo pero, sobretudo, con experiencias en las que frecuentemente nos vemos reflejadas. Entonces, la otra resulta más conocida, más cercana. El catalán es la lengua para encontrar palabras con las que poder nombrar lo que nos ocurre, cómo nos relacionamos, a qué cosas damos importancia, qué sentido les damos... haciendo práctica política de la relación. Por eso las clases de catalán son mucho más que aprender catalán haciendo política de la relación.

### **Estar desde el "más" que acompaña a las mujeres ¡cuanta riqueza!**

Algunas se sorprenden en reconocer "un más" por ser mujer, de valorar lo que siempre habían visto como "un menos", a pesar de que para ellas tenía sentido. La capacidad de comunicación, la facilidad para organizarse aprendida de la actividad cotidiana, el tener presente al otro o a la otra, el gusto por el orden, el placer de estar en relación, lo aprendido con el cuidado de la vida...el respeto por la paz. Así, en las clases y a partir de nuestra experiencia, empezamos a ver y descubrir riqueza donde antes no veíamos nada o donde nos hacían ver miseria. La fuerza que tomamos de la relación entre mujeres pronto se hace visible cuando miramos la realidad desde otros valores que no son los del patriarcado, desde un orden simbólico cercano a la madre. Y en ese momento salen ofertas de trabajo, algunas se las pasan entre ellas a partir de las dinámicas de relación que establecen, también se presentan a entrevistas y muchas deciden formarse en algo que les atrae. Sabemos que nada es para siempre y que las cosas empiezan y tienen un final (y en el mercado laboral cada vez más), pero hemos descubierto que eso no es negativo y que nos sentimos fuertes junto con otras mujeres cuando se dan relaciones de autoridad femenina. Somos mucho más que un empleo, somos nuestras propias dueñas. Por eso mismo algunas deciden no precipitarse en la búsqueda y dedicarse un tiempo para formarse o para conectar con ellas mismas y su deseo. Aquí no juzgamos y las decisiones se toman en libertad.

Las relaciones de confianza y autoridad circulan entre el grupo pero también cuando entre las que formamos el equipo de orientación compartimos y exponemos nuestros planteamientos. Cada una es singular y tiene su hacer, eso da mayor riqueza al equipo, reconocemos autoridad y saber entre nosotras y le ponemos palabras para que en forma de reconocimiento y agradecimiento llegue a la otra. Se trata de una dinámica y una cultura que a su vez nos permite trabajar con las mujeres de ese modo. Ha sido posible ya que como equipo se dan relaciones de autoridad que disipan el poder de las jerarquías y permiten el reconocimiento del saber y palabra de la otra.

Como Maite, como Anna, yo también siento respeto y amor hacia mi trabajo, hacia mis compañeras y hacia las mujeres que solicitan acompañamiento. Esta relación de amor se manifiesta a través del respeto a los procesos de vida de las participantes y por tanto, a su capacidad para decidir. Ello también conlleva el aceptar y aprender del conflicto de la negociación cotidiana, de la complicidad y de la belleza de muchas cosas que se dan día a día. Pero sobre todo, cuando nos movemos en un orden que no es el del poder sino el del amor, lo que nos permite es la construcción de relaciones significativas en las que se da autoridad, reconocimiento de la otra, escucha, posibilidad de decir la verdad, generar seguridad, mover la intuición, traducir la experiencia en saber útil... todo ello nos hace sentir y reconocer nuestra fortaleza.

### **Cuando hacemos cultura**

Cuando ponemos palabras a nuestros deseos, a lo que sentimos y pensamos y eso lo hacemos en relación con otras, hacemos cultura permitiendo que otras puedan aprender de ello. Relacionarnos en la educación, en el trabajo y en la vida reconociendo prácticas de autoridad es una suerte que construimos día a día. Prácticas a las que procuro poner nombre cuando se da la ocasión, a veces cuestionando lo que hacemos y cómo lo hacemos. Eso nos da confianza de mostrarnos sin reservas y desde la libertad, corriendo el riesgo de ponernos en relación. Pero esta trascendencia no se da fuera del aula.

No se da porque las personas que aparecen en sociedad y ponen

palabras a lo que hacemos lo hacen desde su lenguaje. Una lengua lejana a la de la madre, también distante del partir de sí que comporta ponerse en juego en primera persona. En su lugar se usa un lenguaje más cercano y común al de las organizaciones y al patriarcado: cifras y resultados, números y porcentajes que invisibilizan el “más” de las mujeres. Invisibiliza unas prácticas que no son las del patriarcado y reproducen un discurso social dominante que une el menos al ser mujer en afirmaciones como: la dificultad de las mujeres en formarse, los problemas de las mujeres porque tienen hijos o “cargas familiares”... Con ello se limita la transformación para poder hacer cultura de lo femenino. También son palabras en las que la verdad no se nombra ya que se atribuyen los obstáculos en las mujeres, cuando en realidad el problema no está en ellas sino en una sociedad construida en base a los valores del patriarcado y que se refleja en sus organizaciones y estructuras.

Esta lectura de la realidad invisibiliza al no nombrar, aunque no elimina ya que pienso que las mujeres que participan en el programa ya no creen en ello y su mirada se ha desplazado hacia otros sentidos y significados de su ser mujer. Hemos descubierto la alegría y riqueza de vivir en un cuerpo de mujer... bueno, posiblemente lo sabíamos pero ahora nos lo hemos contado entre nosotras.

### ***Gratis et amore*, por Inmaculada Gómez Latorre.**

He pensado muchas veces hablar del Aula de Teatro de madres que coordino. Contar la historia, cómo empezó, la obra que hacemos, las representaciones... Ahora me propongo hacerlo. Pero quiero hacerlo desde lo importante, desde los vínculos que nos unen. Desde lo que nos hace cada día, pese a las dificultades, seguir disfrutando y aprendiendo con esta experiencia tan hermosa y tan rica en matices. Y eso es lo que yo quiero que brille en esta historia: los matices. Esas pequeñas cosas que, imperceptiblemente, nos van quedando, nos van uniendo, nos hacen grandes.

Y no es que no considere que la acción en sí ya es importante. Cada vez que representamos la obra que tenemos preparada la gente nos aplaude; nos

admira; reconocen la labor de estas madres, con escasa formación, dispuestas a hacer teatro y a llevarlo por doquier; reconocen el valor que tengo poniéndome a trabajar con estas madres y dedicando mi tiempo libre a llevarlas de un lado a otro... El pensamiento generalizado es que estamos haciendo algo fantástico, inusual, coeducativo, artístico y social. Pero hay un más. Un más del que creo que ni yo misma tengo una conciencia clara. No sabría dónde ponerlo exactamente. Pero sí vislumbro que hay algo que está en la esencia de “esa cosa tan fantástica” que trasciende más allá de la propia acción.

Yo quiero hablaros de mi miedo, de mi pánico, cuando estas madres me piden en una comida de Navidad hacer teatro. De cómo les voy dando largas porque nunca había trabajado teatro con adultos. Yo no quería trabajar con padres y madres y, mucho menos, con padres y madres de la Cruz Verde.<sup>3</sup> Y sigo posponiendo el encuentro hasta que, por coherencia y por respeto al proyecto que nos llevó a aquel centro, les digo que sí. Me llega una lista de ocho mujeres que quieren hacer teatro. Pienso en un tema relacionado con las mujeres.

Yo quiero hablaros de un hombre que no ha podido con nosotras. Pese a sus amenazas, su desprecio, sus insultos y su prepotencia. “Su mujer” sigue con nosotras y cada día él tiene que despedirse de ella en la puerta. Ha querido que nos deje, que no podamos representar la obra, que el grupo se disuelva... Y aquí estamos, preparando las maletas para irnos a Baeza<sup>4</sup> a representar la obra y a pasar una noche fuera de casa.

Yo quiero hablaros de un ramo de flores que regalan a cada madre en la facultad tras una actuación. Un ramo de flores que es recibido por primera vez por muchas de ellas. Un ramo de flores que se pasea por todo el colegio y que llega a sus casas. Un ramo de flores que significa una gran bofetada para algún impresentable que otro.

Yo quiero hablaros del silencio profundo que se hace en el patio de un colegio lleno de “familias” de la Cruz Verde, en una fiesta de final de curso, a las 11.30 de la noche cuando ya llevamos cinco horas de fiestas y el cansancio limita nuestra atención. Tras las primeras risas, el silencio, tras el silencio alguna que otra lágrima y tras las lágrimas, un fuerte aplauso. Mujeres en pie,

amigas, vecinas de las actrices que sienten que de alguna forma se ha hablado de ellas, de lo que son, de lo que sienten y de lo que desean.

Quiero hablaros de unas mujeres que enmudecen cuando tras una actuación se le acercan unos hombres a felicitarlas con lágrimas en los ojos. ¿Los hombres lloran? Me preguntan después cuando estamos tomando café. Les resulta sorprendente ver a un hombre llorando.

Quiero hablaros de un hombre, marido de una de ellas, que la deja toda la noche en la calle sin abrirle la puerta. Habíamos participado en una Jornadas, nos habían invitado a cenar y nos despedimos a las 12.00 de la noche. En la actualidad ha iniciado un proceso de divorcio. Se siente fuerte para asumir las amenazas y los chantajes que se le vienen encima.

Yo quiero hablaros de una mujer que, a pesar de lo difícil que se lo han puesto, es capaz de disfrutar cada día con lo que hacemos, reconociendo públicamente que el teatro le ha dado tranquilidad y seguridad. En casa la tratan mejor. Es fantástico ver cómo se crece dentro de esa maraña de imposibilidades que es su vida cotidiana. Una mujer con 31 años ilusionada como una cría porque es la primera vez que va a estar en un hotel.

Quiero que sepáis de otro hombre, marido de una de ellas, que no sólo se queda con sus hijos cuando vamos de viaje o hacemos actuaciones a deshora; también se queda con los hijos de otra de las madres.

Quiero presentaros a otra madre. Una mujer que necesitaba tomar pastillas para dormir y que, cuando le preguntan qué ha significado para ella el teatro, reconoce que le proporciona tanta estabilidad que ya no toma pastillas.

Quiero hablaros de esa red de relaciones, sobre todo de mujeres, que hacen posible que la obra se represente aquí y allá. Mujeres sensibles y atentas a lo que estamos haciendo. Mujeres cómplices con las que no hay mucho que hablar para contar con todo su apoyo. Incondicionalmente te ofrecen medios físicos y humanos para que la aventura sea posible. Desde la trastienda, invisibles, sin necesidad de que se les agradezca, sin pábulo.

Sabiendo yo que están conmigo, que están con nosotras aunque físicamente no puedan estar. Y siempre desde el respeto a estas madres, desde la cercanía pese a las distancias que inevitablemente las separan.

Quiero que sepáis de mi cansancio y de mi no saber muy bien qué hago con esta historia. De mis nervios cuando no llegan a la hora. Y de mis lágrimas y la emoción que me envuelve cuando terminan y las inundan de aplausos. En esos momentos me siento un poco egoísta, por mi cansancio, por mis dudas...

Quiero hablaros de su sorpresa porque no entienden la importancia de lo que están haciendo. Cuando las felicitan, se sorprenden y no entienden. Dicen: "¿por qué nos felicitan tanto si hacemos lo que hacemos todos los días?" (el tema de la obra es el trabajo doméstico). "Yo pienso mucho en esto -dice una de ellas- pero no sé por qué es tan importante lo que estamos haciendo".

Quiero hablaros de una espectadora que les decía: "¡ojalá se cumplan todos vuestros sueños, porque os lo merecéis!". Y luego hablando con una de las madres le decía: "he tardado 30 años en estar sentada aquí, en hacer lo que quiero hacer" (era una alumna de una escuela de adultos).

Quiero que sepáis de unos hijos que preparan en el Aula de Arte el cartel que anuncia la obra que representan sus madres. Uno de ellos llega a casa y le dice a su madre: "¡mamá hoy te he pintado!". Y otros niños del cole que nos ayudan a cargar la furgoneta con todos los útiles del teatro (que pesan bastante), y después nos preguntan dónde vamos a actuar y si ellos pueden ir a vernos.

Y una compañera que pone generosamente su furgoneta a nuestra disposición cada vez que tenemos que ir aquí o allá. Furgoneta que ya le hemos roto y no pasa nada. Y unas compañeras y unos compañeros, dispuestos a comprender mis ausencias cada vez que tenemos que ir a algún sitio por las mañanas. Los mismos y las mismas que nos apoyan y nos acompañan siempre que pueden cuando nuestras actuaciones son por la tarde. Y los conocimientos técnicos de mi marido puestos a nuestra disposición. Y su apoyo. Y la conmoción de mi hija cada vez que le cuento o le leo. Y un cole y un barrio que se siente orgulloso de lo que están haciendo estas madres.

Quiero hablaros de mi sorpresa, incluso mi desborde, cuando veo hacia dónde me está llevando todo esto. Impensable para mí cuando empezamos. La obra que hemos creado, las demandas de actuaciones, la respuesta del público, las relaciones que mantengo con las madres, los vínculos que nos unen, los malos ratos que hemos pasado, el apoyo incondicional de tantas mujeres, la incomprensión total de algunos hombres...

Lo que realmente estamos construyendo es un espacio de relación, de encuentro, desde el respeto, desde la aceptación de quienes somos, dónde estamos, con quién estamos... Sin hurgar en las heridas de cada una e intentando dar y recibir lo mejor. Sin posiciones de poder, de conmisericordia, de prepotencia, de falsas ayudas. ¿Quién ayuda a quién? Desde una relación de autoridad, de reconocimiento, sin distancias sociales ni culturales.

Esto es lo fantástico, lo inusual, lo coeducativo, lo social, lo artístico. Las risas, los nervios, las comidas compartidas, los viajes, las conversaciones, los cafés, los hijos y las hijas acompañando a sus madres en las actuaciones porque no tienen con quien dejarlos. Las mujeres que están con nosotras. Las mujeres que están en nosotras.

¿Y es esto hacer cultura? ¿Reconocerá alguien en algún momento la esencia de nuestra acción, el sentido de nuestro hacer? ¿Se verán las relaciones por encima del teatro? ¿Se entenderá que toda actividad humana con sentido se sustenta en una relación de reconocimiento y autoridad? ¿Se creará más en la potencia de estas relaciones que en la fuerza del poder? Una noche de encuentro con mi amiga Nieves yo le preguntaba: ¿qué es hacer cultura?, ¿desde dónde hacemos nosotras cultura? Lo que yo entendí de su respuesta era algo de esto que os cuento. Quizás sólo cuando se dé un valor auténtico y un reconocimiento auténtico no sólo a lo que hacemos las mujeres (o al menos a las que nos unen estas convicciones), no sólo a la acción sino al sentido de esa acción, entonces estaremos haciendo cultura. Y quizás el sentido de esa acción debamos buscarlo en el amor. En ese amor que conlleva un respeto y reconocimiento profundo hacia quien lo da y hacia quien lo recibe. Esas pequeñas cosas que se

hacen por gracia y por amor. Pequeñas cosas que hacen grandes a quien las da y a quien las recibe.

**notas:**

1. El contenido de los 6 primeros encuentros está recogido en tres publicaciones, que pueden consultarse en la página web de Sofías: <http://www.sapiens.ya.com/sofias>.

2. Luisa Muraro, *Un lenguaje que lo vuelva memorable*, en *Feminismos fin de siglo. Una herencia sin testamento*. Fempress especial, 1999. (<http://www.fempress.cl>)

3. Barrio marginal de Málaga en el que viven familias social y culturalmente deprimidas. De sus hijos e hijas se nutre nuestro centro, el CEIP Ntra. Sra. de Gracia, un gueto urbano.

4. Fuimos invitadas por la Consejería de Educación para participar en las II Jornadas de Formación Docente en Igualdad de Género Organizado por la Consejería de Educación; allí presentamos nuestro trabajo ante varios centenares de maestras y de maestros de toda Andalucía.

Fecha de recepción del artículo: 10 de diciembre de 2007. Fecha de aceptación: 17 de diciembre de 2007.

Palabras clave: — Educación — Sofías — Relaciones de autoridad — Autoridad femenina — Escuela de lo que está pasando — Cultura.

Keywords: — Education — Sofías — Relations of authority — Feminine authority — School of What is Taking Place — Culture.